

La inserción y la función del mito de la Edad de Oro en algunos textos medievales y clásicos

DULCE M^a GONZÁLEZ DORESTE*
FRANCISCA DEL MAR PLAZA PICÓN
Universidad de La Laguna

En opinión de algunos críticos el *roman* medieval está compuesto por la anexión de una serie de secuencias narrativas breves y autónomas, lo que Chrétien de Troyes llamó «conjointure», que forman parte de una estructura compleja. Esta forma de composición, que viene en parte determinada por la transmisión oral de los textos y por la primacía de las formas del relato breve¹, es fácilmente apreciable en los *romans* de Chrétien y en general en la mayor parte de los textos de este género de los siglos XII y XIII. Estas unidades narrativas suelen estar acompañadas, en los manuscritos iluminados, por una o varias miniaturas que resumen su contenido y que, junto con otros elementos gráficos —letras iniciales, rúbricas, signos de puntuación, etc.— actúan a modo de elementos articuladores de la narración imponiendo un sistema de lectura propio a cada manuscrito.

I.- Jean de Meun y el mito de la Edad de Oro

En la primera parte del *Roman de la Rose*, escrita por Guillaume de Lorris, es posible establecer, con más o menos precisión y acierto, los distintos periodos narrativos que conforman el conjunto de la obra. El carácter enciclopédico que Jean de Meun quiso imprimir a su continuación lo distancia, desde el punto de vista de la construcción formal, de la estructura tipo del *roman* medieval y del estilo de su antecesor, a pesar de mantener su mismo esquema

* Miembro del grupo de investigación *Icorose* que lleva a cabo actualmente el proyecto titulado *La iconografía del Roman de la Rose testimonio de un espacio cultural europeo en la edad media* (HUM2004-03007/FILO), financiado por el Ministerio de Educación y Ciencias.

1 Trasladamos aquí las palabras de Roger Dubuis quien, entre otros críticos, ha insistido en esta característica del *roman* medieval: «Quant au genre long, le roman, il est toujours à l'image de la chanson de geste, un ensemble formé d'une suite de séquences dont chacune doit avoir sa propre autonomie, thématique et technique. C'est de leur combinaison —ce que Chrétien appelle «conjointure»— que découle la longueur de l'oeuvre» (1990:30).

narrativo. La lentitud y pobreza de la acción, la diversidad de los personajes, sus largos discursos, sus abundantes enumeraciones y sus frecuentes digresiones hacen más complicada la fragmentación del texto en unidades narrativas con autonomía propia². Pero al mismo tiempo, la vasta cultura clerical del autor, su afán didáctico y la propia naturaleza de la escritura alegórica favorecen la inclusión de algunos de los grandes mitos clásicos o de historias ejemplares de la humanidad a modo de breves relatos que, según Daniel Poirion, cumplen dos funciones. Por un lado, sirven de autoridad para sostener o resaltar una afirmación, un juicio o una tesis, cumpliendo en este caso una función persuasiva ligada al respeto por los grandes autores; por otro, y teniendo en cuenta su carácter recurrente, expresan un sistema cultural particular que pone en evidencia las preocupaciones, las obsesiones y los mitos particulares del autor (Poirion, 1973: 139).

Dada la proliferación de los discursos de los personajes y sus largas dimensiones, a menudo estos relatos míticos o anecdóticos se intercalan en ellos a modo de largas o pequeñas digresiones que son propias del estilo del autor, que Poirion denominó con acierto «style parenthétique» (1973:125).

Tres personajes alegóricos, en sus respectivos discursos, hacen alusión al mito de la Edad de Oro. Razón es la primera en hacerlo a propósito de una larga disertación (vv. 4194-7200)³ en la que comienza hablando de las distintas manifestaciones que puede tomar el amor, inclinándose por el amor al prójimo o caridad como forma ideal para mantener una sociedad en paz y armonía. Ese era el estado de la humanidad durante los tiempos de Saturno, pero su castración por Júpiter marca el final de la Edad de Oro y el inicio de una etapa más desgraciada para el hombre.

El discurso de Amigo contiene también una alusión, más explícita que la anterior y que la siguiente, a esta edad mítica y utópica en la que el hombre llevaba una vida sencilla que le colmaba de felicidad. Este relato constituye el punto de partida de nuestro análisis por ser, de las tres alusiones a la Edad de Oro que hace Jean de Meun, la que más se ajusta al relato clásico del mito y porque, dentro del discurso de Amigo, constituye una secuencia narrativa con autonomía propia.

Finalmente, Genio, en una larga intervención que dirige a Amante (vv. 19475-20637), opone el Parque del Buen Pastor al Jardín de Solaz creado por Guillaume de Lorris. Jean de Meun descodifica las imágenes del sueño con la intención de desvelar las claves de la alegoría y de esta forma contrapone los dos espacios. Al jardín del goce y del deleite, lugar de corrupción, apariencias engañosas y vanidad, enfrenta el parque celestial, donde el amor humano se encuentra suplantado por el divino y donde reina la eterna felicidad. Este espacio, grato y plácido, es incluso más bello que el mundo en la época de Saturno. De nuevo se alude

2 Merece ser citada la traducción del *Roman de la Rose* de Juan Victorio en cuyo índice se ha establecido un desglose temático con indicación del verso y de la página que es de gran interés para el lector dada la vasta extensión de la obra, especialmente de la parte de Jean de Meun (1987: 627-628-629).

3 Seguimos en este trabajo la edición de Félix Lecoy (1996-1970).

al episodio de la castración de este último por Júpiter que marca el final de una era de bienestar, seguridad e inocencia y supone para el hombre una pérdida paulatina de su felicidad que vendrá marcada por las edades de plata, bronce y hierro, época esta última por la cual transita ahora la humanidad⁴.

En su larga disertación (del verso 7253 al 9972), Amigo da consejos a Amante sobre la táctica a seguir en la empresa de la conquista amorosa y sobre el comportamiento que debe llevar posteriormente para conservar a su amiga. El número de versos de la alocución es suficiente para imaginar que esta lección es detallada y minuciosa, que en ella abundan las digresiones y se multiplican los *exempla* para ilustrar con mayor claridad el mensaje⁵. En la segunda parte del discurso, Amigo lamenta que ahora las damas no son sensibles a los bellos poemas de amor o a las canciones delicadas, por eso el mejor medio para tenerlas seguras es procurarles hermosos regalos y abundante dinero. Esta certidumbre le lleva a recordar la época en la que los hombres no conocían la tiranía ni la propiedad y el amor tampoco estaba sujeto a imposiciones autoritarias. La secuencia va desde el verso 8325 al 9648, pero en su interior se inserta a su vez otra digresión que alude al comportamiento del marido celoso (vv. 8425-9462). Este procedimiento de «emboîtement» es, como hemos dicho, característico de la escritura de Jean de Meun.

El relato del mito de la Edad de Oro comienza con el recuerdo nostálgico del tiempo en el que existían los amores hermosos y leales que no se llevaban por la codicia ni por el interés. En esa época la naturaleza bastaba para cubrir todas las necesidades del hombre. No había necesidad de cazar, ni de pescar ni de labrar la tierra, pues ésta ofrecía alimentos suficientes para todos, la uva no iba al lagar y el agua bastaba para apagar la sed. Se vestía sencillamente, las pieles de los animales cubrían y protegían el cuerpo y en invierno se construían chozas con hojas, palos y ramas o se utilizaban las cuevas o los huecos de los árboles grandes para protegerse del frío y de la lluvia. La primavera, con la llegada de las flores y sus colores, es la estación propicia para el amor. La naturaleza acoge a las parejas de enamorados que en libertad y armonía acuden a los prados para divertirse y entretenerse. No existían diferencias entre los hombres porque todavía el poder no había hecho su aparición y todos sabían que el amor está reñido con la autoridad. Esta afirmación da pie a la inclusión de una digresión sobre el hombre celoso que pretende ejercer su poder sobre la mujer. Se reanuda el relato del mito hablando de la convivencia pacífica que reinaba entre los hombres y de la amistad fraterna y la libertad que imperaba en sus relaciones, insustituibles por ningún bien material. En esa época ningún mar había sido surcado porque no hacía falta buscar nada fuera, ya que disponían de todo lo necesario. Pero apareció Engaño sobre la tierra con su cohorte formada por Pecado, Avaricia, Orgullo, Codicia que hizo surgir también a Pobreza del infierno, acompañada de su hijo Furtivo que caza todo el día para alimentar a su madre, corriendo así el

4 Véase al respecto el trabajo de Nathaniel B. Smith (1980).

5 Sobre la estructura del discurso de Amigo y las fuentes utilizadas por Jean de Meun ver el trabajo de Gérard Blangez (1980:31-36).

riesgo de morir en la horca, de la que ni su madre ni su padre, Débil Corazón, podrán librarlo, y mucho menos Taberna, diosa de los ladrones. Esta nefasta legión invadió todas las regiones y horadó la tierra en busca de sus riquezas. Los hombres, bajo sus maleficios, abandonaron su primitiva forma de vida y se volvieron hipócritas, mezquinos y embusteros. Protegieron sus propiedades y surgieron las guerras. Nació así la desigualdad entre los hombres: los fuertes se hicieron más ricos y los débiles perezosos y ladrones. Para intentar restablecer el orden buscaron a alguien que les protegiera y, para ello, se escogió al más fuerte de la comunidad, que se convirtió en príncipe y señor e impuso sus condiciones. Cuando el señor fue incapaz de mantener la paz por sí solo, se procuró una tropa de servidores mantenida por el pueblo. Y este fue el origen de los reyes y los príncipes. Los hombres empezaron a amasar tesoros y a trabajar los metales para procurarse lujosos objetos, pero también armas para la guerra: cuchillos, saetas y cotas de malla. Se construyeron fortalezas y castillos para poner a buen recaudo los bienes atesorados de la codicia de los otros. Y de esta forma terminó la paz, gracias a Codicia que les instó a apropiarse de lo que antes era de todos.



La Edad de Oro. *Roman de la Rose*. Manuscrito Douce 195, f. 59v.

Daniel Poirion interpreta los tres episodios del mito de la Edad de Oro en la obra de Jean de Meun en el mismo sentido simbólico que dio Jean de Garlande al tema de la emasculación de Saturno: Este dios representa la época de la plenitud, mientras que Júpiter encarna la aparición del tiempo como símbolo del fin de la felicidad y la aparición de las privaciones, y el nacimiento de Venus significa la vuelta al placer como principio de regeneración. Sin embargo, no deja de advertir que existe una evolución «entre la fonction du mythe chez Ami, surtout chargée de regret et d’amertume, et celle du mythe chez Genius, où l’espérance l’emporte sur la nostalgie» (Poirion, 1973:192).

Para F. W.A. George cada una de estas alusiones al mito ponen de manifiesto que el final de la Edad de Oro da lugar a la aparición de algo nuevo en los asuntos humanos. En el caso del discurso de Razón el final de este periodo placentero marca el origen de la ley civil y del sistema legal. La disertación de Amigo señala la intrusión de la hipocresía y el dinero como elementos predominantes en las relaciones humanas y, en especial, de las amorosas. Por otra parte, en la alocución de Genio, el episodio de la castración de Saturno introduce un periodo en el que la raza humana ve amenazadas sus tendencias naturales y su pervivencia a causa de la intolerancia y el exceso de castidad que pretenden imponer tanto la iglesia ortodoxa, como las sectas heréticas del siglo XIII (George, 1977:36-37).

En todo caso, las repetidas alusiones al mito, y especialmente la versión dada del mismo en el relato de Amigo, señalan no tanto la nostalgia de nuestro autor por un pasado utópico sino un rechazo a las circunstancias, ya sean de orden político o moral, del presente. El mito de la Edad de Oro es utilizado por Jean de Meun como recurso narrativo para ilustrar un discurso moral, crítico con el pretendido deterioro social de su época. Su recurrencia revela las preocupaciones de un intelectual polémico y su opción ideológica, tendente a una recuperación del concepto de una naturaleza bondadosa, muy afín con las tesis de la filosofía naturalista y racionalista.

II.- El mito y su desmitificación: Boccaccio y Cristina de Pisan.

En su libro *De claris mulieribus*, escrito en latín entre 1361 y 1362, Boccaccio presenta una galería de personajes femeninos, imaginarios o reales, que se suceden sin ningún principio de agrupamiento. Entre Eva y Jeanne, reina de Nápoles y de Jerusalén, la vida de la diosa Ceres ocupa un lugar en el capítulo V⁶. El escritor italiano presenta a Ceres como diosa de los cereales y reina de Sicilia, aludiendo así a su doble condición divina y humana. Comienza el retrato del personaje insistiendo en su condición de primera reina de los sicilianos y aludiendo a su gran ingenio, que le dio gran poder y le permitió descubrir las técnicas agrícolas y las herramientas necesarias para estas labores. Cuenta que enseñó a su pueblo, que sólo se alimentaba de bellotas y frutas silvestres a hacer uso de los cereales, especialmente de la cebada. Después de señalar que, aunque era de condición mortal, la magnitud de su obra hizo que la creyeran una diosa, Boccaccio esboza la genealogía y algunos de los episodios que aumentan su leyenda, como su rapto, atribuido a Orco, rey de los molosos. Habla de la existencia de otra mujer llamada Ceres en una región de Ática llamada Eleuses, que también fue famosa entre los suyos por sus méritos y de la que también se dice que fue complaciente con Triptolemo. La coincidencia de los nombres y los grandes hechos acometidos por ambas mujeres hizo que la posteridad las honrara y las conociera como una única Ceres.

6 Seguimos la edición de Herbert Wright (1943) en la que Ceres se encuentra en el capítulo V, Minerva en el VI e Isis en el VIII.

A partir de este momento se inicia un periodo escrito en primera persona donde Boccaccio empieza por confesar su desconcierto por no lograr discernir si las cualidades de estas mujeres deben ser alabadas o maldecidas. Siguen una serie de interrogaciones retóricas en tercera persona, mediante las cuales, el escritor, adoptando un tono impersonal, admite la evidencia de que esos inventos han supuesto sin duda un avance para la humanidad:

Quis enim damnet vagabundos siluestres: quis eductos in urbem nemoribus homines? Quis ritu ferarum viuentes in meliorem euocatos frugem? Quis glandes mutatas in segetem, quibus lucidius, vegetiora membra et alimenta humano vsui conformiora prestantur? Quis mus(c)o, vepribus arbustique incompositis obsitum orbem in cultum, in pulchritudinem et vtilitatem publicam versum? Quis a desidia in contemplationem excitata ingenia? Quisvires torpentes in speleis in vrbicum seu rusticanum exercicium tractas, quibus tot ampliate vrbes, tot de nouo condite, tot aucta imperia, tot mores spectabiles inuenti cultique sunt frumentarie artis adiuuenta noticia? (1943: 22-23)

Termina por admitir explícitamente que ya que esas acciones son buenas a juicio de la mayoría, sólo un necio dejaría de alabarlas. Y es aquí, en este punto, cuando retoma la forma impersonal para insertar el mito de la Edad de Oro diciendo que siempre habrá alguien que se complazca con la forma de vida de la gente que habita diseminada en los bosques y que se alimenta de bellotas y de frutas silvestres, de leche de los animales, de las hierbas y de la miel. Esa gente, sencilla y casta –dice- tiene su corazón libre de preocupaciones y es feliz con la ley de la generosa naturaleza y sus únicos enemigos son las bestias salvajes. Pero el engañoso progreso acarreará unas consecuencias nefastas que alterarán su armoniosa vida. La agricultura conlleva la aparición del trabajo y de la propiedad privada y ésta, a su vez, el fin de la paz pública y privada. La pobreza, el odio, la guerra y la envidia se instalan en todo el orbe. De los viajes a Oriente surge un mayor cuidado del cuerpo, y el gusto por las lujosas vestimentas, mientras que la obesidad es la consecuencia de los opíparos banquetes, de la pereza y del ocio. Venus trajo enormes desgracias a la humanidad que, por otra parte, es azotada por el hambre, la pobreza y las enfermedades. La conclusión a la que llega nuestro autor es que la Edad Dorada, a pesar de su rudeza e incultura, debe anteponerse a la actual Edad de Hierro y a todos los siglos.

Cristina de Pisan escribe *Le Livre de la cité des dames* en 1405 para dar respuesta la misoginia medieval. La mayor parte de los personajes femeninos que componen su obra están tomados del *De claris mulieribus* de Boccaccio, rescribiéndolos y adaptándolos en función de sus propias motivaciones y objetivos.

La composición de la obra de Cristina está subordinada a la agrupación de los personajes según una elaborada estrategia. Así, encontramos a Ceres junto a Minerva y a Isis, diosas mitológicas que en la obra de Boccaccio están diseminadas en distintos capítulos⁷. En

7 Sobre el problema de la utilización de las fuentes por parte de Christine de Pizan ver nuestro estudio «À propos de la compilation: du *De claris mulieribus* de Boccaccio à *Le livre de la Cité de Dames* de Christine de Pisan» (2002-2003) en el que nos centramos en los personajes de Ceres, Minerva e Isis.

el texto francés coinciden en un mismo capítulo para ilustrar la respuesta de Razón a la cuestión que Cristina le ha planteado acerca de la contribución de las mujeres a los avances de la ciencia. De esta forma, estas tres deidades forman parte de las mujeres sabias y creativas que ilustran los capítulos XVII-XLII del libro primero de *La cité des dames*⁸. Después de citar una larga serie de mujeres, en el capítulo XXXIII, Razón cita a Ceres, Minerva e Isis como modelos de mujeres que han descubierto una ciencia desconocida. Cristina forma con ellas un trío aparte para destacar la validez y la importancia de sus aportaciones al campo de la ciencia y la enorme contribución que supusieron sus inventos al progreso de la humanidad.

La escritora se refiere a Ceres como la reina que inventó el arte de labrar la tierra y otras muchas artes. Señala su enorme inteligencia y su afán por transmitir a su pueblo sus descubrimientos para que pudieran sacar provecho de ellos. Explica que Ceres enseñó a los hombres, que vivían como bestias salvajes, a incorporar los cereales a su alimentación, enseñándoles así a nutrirse dignamente. Le atribuye también el mérito de haber inventado la civilización por haber enseñado a los hombres que vivían como nómadas a construir casas y ciudades y a adoptar modos de vida racionales y urbanizados.

Cristina no hace aquí mención ni comentario a alguno al relato de Boccaccio sobre el mito de la Edad de Oro. Pero dará reiterada respuesta a las ideas conservadoras del italiano en capítulos posteriores, como resumen y conclusión de la importancia de los descubrimientos realizados por Ceres, Minerva e Isis para la humanidad. Así en el capítulo XXXVIII, titulado «Vuélvese sobre lo mismo», la escritora da la palabra a Razón que formula dos preguntas retóricas que llevan ya implícitas la alabanza a los logros de Ceres y una crítica velada a Boccaccio:

Te preguntaría también si ha habido un hombre que hiciera tanto por la humanidad como la reina Ceres, de la que te hablé hace poco. ¿Cómo puede lograrse la fama de forma más honrosa que llevando a hombres bárbaros y nómadas, que vivían en los bosques como fieras sin conocer la justicia, a poblar ciudades donde viven respetando la ley? Ella los proveyó, además con un alimento mejor que las bayas y bellotas, el trigo, que vuelve el cuerpo más hermoso y lozano, los miembros más robustos y ágiles, porque es una comida más adaptada a las necesidades de la especie humana. ¿Qué más digno de elogio que desbrozar una landa llena de cardos, espinos y arbustos salvajes, labrar esta tierra, sembrarla y cambiar un campo sin domesticar en tierra franca, cultivada para el bien común? (Lemarchand, 1995:81)

Vuelve a insistir en la misma idea al final del capítulo XXXIX, dedicado a Aracne. Después de pasar revista a las virtudes de esta joven, inventora entre otras de varias técnicas para teñir la lana, confeccionar tapices, así como para cultivar y tejer el lino, Cristina retoma el hilo de su argumentación a favor del progreso y la emprende esta vez directamente contra

⁸ Seguimos la edición de Marie-José Lemarchand (1995) y la traducción francesa de Thérèse Moreau y Eric Hicks (1987).

Boccaccio con argumentos contundentes e incostestables. De esta forma, la escritora construye un discurso que desmitifica y echa por tierra todas las pretendidas bondades de esa época dorada de la humanidad.

En primer lugar, frente al discurso catastrofista de Boccaccio que asegura que los hombres eran más felices cuando se alimentaban directamente de lo que la naturaleza les proporcionaba y que el descubrimiento de técnicas que mejoraron su bienestar y su alimentación fueron en perjuicio suyo, Cristina argumenta que cuanto mayores son los dones que Dios procura al hombre, mejor debe éste servirle. Dice además que estos avances no son de por sí buenos o malos sino que dependen del buen empleo que el hombre y la mujer hagan de ellos. El mejor ejemplo lo ve nuestra escritora en Jesucristo que, en lugar de alimentarse de bayas y bellotas, hizo uso de estas invenciones comiendo pan y carne de pescado y bebiendo vino y utilizando, además para vestirse túnicas de lino coloreadas. Sobre todo rindió honores a la ciencia descubierta por Ceres ofreciendo su cuerpo a los hombres y mujeres bajo la especie del pan.

De esta forma Cristina hace de Boccaccio el portavoz de aquellos que niegan el progreso de la civilización y construye un antidiscurso⁹ del mito, basándose en la autoridad irrefutable de Cristo, que sirve de corolario a la importancia de las técnicas y de las artes inventadas por Ceres, Minerva e Isis, reivindicando así la facultad de las mujeres para inventar nuevas ciencias y exigiendo el reconocimiento por parte de los hombres de sus méritos intelectuales.

III. El mito de la Edad de Oro en los textos clásicos: génesis, variantes y fórmulas de inserción.

El mito de la Edad de Oro nace en la literatura grecolatina y ha sido objeto de múltiples reescrituras en la literatura de todas las épocas. Dicho mito remonta a Hesíodo, quien en *Los trabajos y los días* (vv. 107-202) relata las cinco edades del mundo, siendo la primera de ellas la Edad de Oro, una edad repleta de paz y felicidad. Esta obra refleja una clara finalidad moralizante frente a la decadencia moral. Uno de sus imitadores, el poeta estoico Arato, amplía el tema de las edades del mundo en sus *Phaenomena*.

En manos de los romanos este mito resurge una y otra vez. La Edad de Oro es evocada tanto para ensalzar esta mítica forma de vida como para criticar las costumbres del presente o alabar el progreso frente a esa edad anterior. Esta es la postura que adopta Lucrecio en el *De rerum natura*, libro V, vv. 925-1457, donde narra los orígenes de la humanidad, y en la que ofrece una visión del mito de la Edad de Oro diferente de las que veremos seguidamente. La Edad de Oro desde el punto de vista epicúreo de Lucrecio no da pie a la nostalgia, no constituye una edad feliz para el hombre y sucumbe ante el progreso de la humanidad.

⁹ Cristina antepone el progreso a la decadencia, parafraseando el título del trabajo de Rosalind Brown-Grant (1988) que resume perfectamente su contenido.

En el poema LXIV, Catulo, vv. 384-408, hace referencia a aquellos tiempos en el que los dioses se mostraban a los hombres, tiempo pasado anterior a la Edad de Hierro, edad que él identifica con su época. Rememora la Edad de Oro como una etapa lejana con objeto de contraponerla al presente, momento en el que los dioses se encuentran alejados de los mortales. Virgilio muestra reminiscencias poéticas de Catulo y en ellas ha reparado J. Carcopino (1943), sin embargo su utilización de este mito los aleja, pues los versos de Catulo carecen del tono esperanzador y revelador característico del mito de Virgilio.

Virgilio ofrece una nueva orientación del mito hesiideo y aunque mantiene su concepción original, lo hace reaparecer cargado de funcionalidad política, como instrumento de alabanza al emperador. Este mito se nos presenta en las *Bucólicas*, en las *Geórgicas* y en la *Eneida*.

En las *Bucólicas*, diez églogas compuestas en hexámetros, Virgilio ensalza la sencillez de la vida campestre. Los personajes, pastores que conversan y cantan, sirven a Virgilio para expresar sus conocimientos de mitología, filosofía y poesía grecolatina.

La égloga IV, a diferencia de las nueve restantes, adquiere un tono épico. Esta bucólica parece estar inspirada en el acuerdo de paz entre Antonio y Octavio firmado en Brindisi en el 40 a.C., hecho que para Virgilio supone el renacimiento de una nueva Edad de Oro. En esta égloga profetiza Virgilio la llegada de este mítico tiempo anunciado en el oráculo de la Sibila de Cumas, tiempo que se iniciará con el nacimiento de un *puer* gracias al cual habrá de volver el reinado de Saturno y se desvanecerán todos los males¹⁰.

El tema de los *aurea saecula* se encuentra también en dos pasajes de las *Geórgicas*, obra que compuso alentado por Mecenas, en la que canta a la tierra y con la que apoya a Augusto en su plan de regreso al campo y de recuperación de la vida agraria. En el primero de los pasajes, en *Georg.* I, vv. 118-158, señala que Júpiter introdujo el difícil arte del cultivo de la tierra, algo impensable en los tiempos anteriores a esta divinidad y realiza un canto al esfuerzo y a la dignificación que el hombre adquiere por el trabajo. El mito aquí se introduce como una explicación de la situación actual. En la célebre *Laus Italiae* de *Georg.* II, 136-176, el segundo de los pasajes, se sirve del mito para cantar a Italia como tierra de Saturno.

En las *Geórgicas*, obra impregnada de sentimientos religiosos, Virgilio, a través de la apariencia de la poesía didáctica, reivindica las costumbres y valores tradicionales que Augusto pretendía restaurar. El poeta mantuano presenta una vida en armonía con la naturaleza dispensadora de todos los bienes e intercala episodios legendarios o fabulosos en apoyo de sus consejos. La edad de Saturno o el canto a Italia, episodios relacionados con el mito, favorecen la comprensión del mismo y rompen la posible monotonía de la exposición técnica.

Virgilio, en su afán de ensalzar el régimen de Augusto, recurre de nuevo al mito de la Edad de Oro. En la *Eneida*, epopeya de temática romana, enlaza magistralmente la gesta de

¹⁰ Acerca de las interpretaciones de la égloga IV, ver H. Jeanmaire (1939), J. Carcopino, J. (1943) y M. Bollack (1967, p. 304-324).

Eneas con la ansiada paz de Augusto. La Edad de Oro, símbolo de paz y abundancia, retorna y se identifica con la época de Augusto. En el libro VI, vv. 789-805, el mito aparece en la profecía de Anquises, quien predice a su hijo el regreso de una Edad de Oro, época que no ha de ser otra que la de Augusto, cuya filiación divina reafirma Virgilio. Presente, pasado y futuro se entrecruzan en este viaje en el que el pasado retornará con la futura paz augusta. En el libro VIII, vv. 314-327, vuelve a mencionar este mito. En esta ocasión es el rey Evandro quien rememora a Eneas los tiempos en que Saturno gobernaba en paz el Lacio.

Horacio también acude al mito. En el épodo XVI el poeta relata los males que se cierren sobre Roma durante la guerra civil de Octavio y Marco Antonio y halla la solución en la huida hacia las tierras en las que reina todavía la Edad de Oro. Ofrece una utópica salida a esa situación, llevado por el deseo de reencontrar esa época de felicidad perdida en Roma.

Tibulo no participó en la restauración de los valores del programa de Augusto y su poesía carecía de finalidad política alguna, pero en la Elegía tercera del libro I vv. 35-50 canta, al igual que lo hiciera Virgilio en la *Bucólica* IV, a la mítica Edad de Oro, reflejo de su nostalgia por aquella edad pacífica y feliz. En esta Elegía el poeta que tuvo que embarcarse en una expedición dirigida por Mesala, se encuentra enfermo durante un viaje hacia el Egeo y, ante el miedo a morir lejos de su amada, evoca esta época en la que la muerte no existía. El recuerdo de tiempos mejores le proporciona la ocasión para introducir de manera natural la descripción de la mítica Edad de Oro. En su exposición se manifiesta un sabio juego de contrastes: aquella era de bonanza y paz frente a la época actual plena de corrupción, Edad de Oro frente a Edad de Hierro, Saturno frente a Júpiter, vida frente a muerte. Esta evocación de la Edad de Oro le permite a Tibulo ofrecer su visión de la vida presente. El poeta establece un juego de relaciones entre las características de su época y aquellas que añora y que se encuentran en la edad de Saturno. Sin embargo, el poeta se dirige a Júpiter implorando su perdón y su protección divina, puesto que él considera al hombre, en su intento de cambiar el mundo y el ritmo de la naturaleza, culpable de la aparición de todos los males. El miedo y el dolor a morir lejos de su amada le sirven de marco para encuadrar su queja ante la Roma que le ha tocado vivir. El mito se convierte para Tibulo en instrumento para cuestionar la legitimidad de las guerras y los valores de una sociedad que él considera absurda. La visión y la utilización que de este mito hace Tibulo difiere de aquella que ofrecía Virgilio, ya que el tema mítico en manos de Tibulo va más allá de la simple añoranza del pasado.

Como ha señalado Grimal, «les *Métamorphoses* sont un poème du devenir, partant du chaos primitif pour aboutir à un monde unifié sous la puissance de Rome» (1994: 337-339). Ovidio en el libro I de la *Metamorfosis* muestra la degeneración que el hombre, en su origen inocente, ha venido sufriendo. En los versos 89 a 150 de este libro, el relato mitológico de la Edad de Oro se integra en una secuencia narrativa más amplia, la creación del mundo. Los mitos en la *Metamorfosis* se entrelazan sabiamente mediante hilos cronológicos, asociaciones múltiples e innumerables conexiones. Los relatos mitológicos constituyen paréntesis

literarios autónomos que, según Galimberti (1988: 247-260), producen un efecto dilatorio conducente a reducir el carácter épico del estilo, acercándolo al de la égloga y al de la elegía. Ovidio ofrece una nueva visión de los mitos tradicionales, su introducción en el poema responde más a fines estilísticos y literarios que a propósitos morales. El mito forma parte de la ficción narrativa destinada a entretener y su verdadera lectura moral es la que se deriva de la transformación a la que ha sido sometido, apartándolo de su significación religiosa o cultural. La mayor metamorfosis tiene lugar, de acuerdo con Solodow (1987), en su cambio de actitud frente al mito que es transportado a la vida cotidiana, apartándolo de su solemnidad excesiva. En este sentido, Ovidio se aleja del programa de Augusto que busca proyectar la realidad contemporánea imperial en el universo del mito e intenta hacer de las divinidades alegorías de la virtud. Ovidio, tal y como ha indicado Martin (2000-2001), acerca el mito a la vida real y a los dioses a las inclinaciones humanas.

Varios son los poetas que incorporan este mito a su obra y diversas las interpretaciones que se han dado acerca de la función de dicha inserción. Para Brisson (1992) el uso que los poetas latinos del final de la República hicieron del mito de la Edad de Oro responde a una apasionada disputa en la que los elementos en juegos no eran otros que la noción de libertad y la capacidad de la imaginación poética para producir el bienestar.

Otro ejemplo del empleo del mito de la Edad de Oro lo encontramos en la *Bucólica* I de Calpurnio Sículo. En dicha bucólica el mito adquiere una función política similar a la desempeñada en la *Bucólica* IV de Virgilio: el anuncio del regreso de una nueva Edad de Oro, edad que comenzará con la subida al poder de un nuevo soberano: Nerón. Esta anticipación e inclusión del mito se produce también a través de una profecía. Como indica Beato, «Expressões idénticas encontram-se de igual modo em Verg., *Ecl.* 4, 9; Hor., *Ep.* 16,64; Ov. *Met.* I, 89» (2003: 86).

El mito de la Edad de Oro reaparece como instrumento de alabanza imperial también en Séneca, quien en sus cartas a Lucilius, expone un estado primordial del hombre, una Edad de Oro de la que se ha ido alejando para caer en la decadencia moral a causa del progreso y la civilización.

Fabre-Serris considera que «À l'issue d'un travail de réécriture la mythologie sera devenue une nouvelle façon de penser Rome dans l'histoire et l'homme dans le monde» (1988: 24) y subraya el papel que desempeña el mito en la explicación del origen de los problemas que afectaron a Roma y en la expresión simbólica de las soluciones a dichos problemas. El mito de la Edad de Oro heredado de los griegos se convierte en instrumento de legitimación del poder tanto en la época de Augusto como en la de Nerón.

El mito de la Edad de Oro fue utilizado también por el poeta cristiano Prudencio en el *Contra orationem Symmachi*, obra en la que refleja la política teodosiana contra la religión pagana. Prudencio le da un nuevo enfoque al utilizar el mito clásico al servicio de su denuncia de los cultos paganos. En el libro primero en el que ridiculiza fuertemente al paga-

nismo recobra, tal y como ha puesto de manifiesto Encuentra, «la orientación virgiliana pero también el mito original para articular el contenido de *c. Symm.* I reinterpretándolo desde un punto de vista evemerista y romano» (2000). Desde el plano simbólico, muestra Encuentra que el poeta otorga a la Edad de Oro el siguiente significado: «Roma es presentada como un ser vivo que se convierte en su dócil y sabia vejez, quinta etapa de la vida humana según expone en *c. Symm.* II, 315-324» (2000). El mito, elemento de alabanza imperial, es insertado en esta invectiva mediante las alusiones que establece Prudencio con su propia obra y con la de Virgilio, constituyendo un ejemplo más de sus numerosos sincretismos entre mito y fe cristiana¹¹.

En este repaso sobre la utilización de la mítica Edad de Oro finalizamos con Boecio, fuente de suma importancia, junto a Virgilio y Ovidio, de Jean de Meun y de otros muchos escritores medievales. En el *De consolatione philosophiae* (II, V), Filosofía, cuando indica que el hombre ha de contentarse con lo que ofrece la Naturaleza, realiza una descripción de la Edad de Oro, en la que es presentada como una época austera en contraste con la que podemos leer en Virgilio u Ovidio. Tal y como ha señalado F.W.A. Georges, «Boece is not writing this work from a strictly Christian viewpoint, but it is significant that as a Christian he has not difficulty in assimilating the pagan myth of the golden age, any more than the later middle ages had» (1977: 33).

IV.- Conclusiones

En este trabajo hemos analizado la inserción del mito y su función en unas pocas, pero significativas, obras medievales así como en varios textos clásicos que muestran el origen y la finalidad con la que el tema fue creado. Es bien sabido que su pervivencia va mucho más allá de la edad media y ejemplos de su recreación, con formas y funciones diversas, pueden localizarse en un abanico de textos de la literatura universal. Sin ir más lejos, y en honor a la efemérides que estamos conmemorando, nuestro ingenioso hidalgo evoca en varias ocasiones el mito, y desarrolla el tópico con más profundidad en el Libro I, capítulo XI, en el discurso que dirige a los cabreros, para reivindicar, una vez que han hecho aparición en el mundo la avaricia y el desorden, la institución de la orden de los caballeros, cuya misión es proteger a las doncellas, proteger a las viudas y socorrer a los menesterosos. (Miguel de Cervantes, 2004:97-98).

En los textos analizados hemos comprobado que esta mítica edad aparece en forma de relato o episodio en obras con temáticas diversas. Desde su inclusión en la literatura clásica, el relato del mito provoca un juego de contrastes y suele reflejar una oposición temporal del tiempo presente, objetivo en el que tienen lugar los acontecimientos y el tiempo pasado, subjetivo. La evocación de este pasado parece transportar aquel tipo de vida al presente, al

11 Sobre los sincretismos en Prudencio, ver M. Malamud (1989) y M. D. Castro Jiménez (1998).

tiempo objetivo, de manera que el mito se inunda de significado. La descripción de aquella forma de vida pasada adquiere fuerza al ser transportada al presente convirtiéndose en verdadero paradigma a seguir.

En la literatura clásica, ese tiempo pretérito puede formar parte de oráculos y profecías que anuncian acontecimientos futuros semejantes a los de ese tiempo remoto o puede surgir del recuerdo de algún personaje. Aunque la premisa es siempre la misma, un pasado mejor, la finalidad de su inclusión puede responder a intereses diversos: el acento puede subrayarse en la bondad de esa mítica edad o en la crítica de la sociedad en la que el autor está inmerso. Si bien la evocación del mito implica siempre la memoria de un tiempo más feliz que el actual, no todos los autores consideran de la misma manera el presente ni pretenden el mismo futuro.

La literatura posterior no es ajena a este tipo de procedimientos de inclusión ni de utilización del mito. Unas veces el poeta lo introduce en la obra como si de una revelación se tratase, otras adquiere una estructura evocadora, otras se inserta como una especie de largo paréntesis, recurso didáctico que sirve para esclarecer el discurso de un personaje.

Jean de Meun evoca el mito de la Edad de Oro, de manera más o menos explícita, en tres ocasiones, insertándolo en el discurso de algún personaje. Lo hace para censurar a la justicia, para criticar, e incluso ridiculizar, el código de valores cortesés y para reivindicar una moral y una forma de vida más racional y acorde con los principios de la filosofía naturalista. No está en el ánimo del autor, pensamos, la añoranza de un tiempo pasado, sino la visión de un tiempo futuro que mejore el presente en función de unos valores acordes con su tendencia ideológica.

La posición conservadora que Boccaccio refleja a lo largo de su obra, especialmente en lo que se refiere al papel que debe jugar la mujer en la sociedad, encuentra un eco adecuado en la rememoración de otros tiempos en los que los descubrimientos de Ceres no habían todavía sembrado en la tierra la desigualdad, la pobreza y las guerras. Aún reconociendo los avances que esos logros han supuesto para la humanidad, el italiano introduce el relato del mito y se instala así en la posición ideológica de aquellos, que aún inútilmente, siguen pensando que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Mención aparte merece la evocación del mito en la obra de Cristina de Pisan. La escritora lo trae a colación sin desarrollarlo en varias ocasiones para refutarlo y para tomar, con respecto a su fuente, una posición positivista y progresista, al igual que Lucrecio. En realidad, la escritora «deconstruye» el mito, respondiendo al discurso de Boccaccio con una serie de argumentos que invalidan el anhelo de algunos por regresar a un tiempo pasado, época de barbarie, rudeza e incultura. Cristina no mira hacia atrás, diríase incluso que, para ella, esa mítica Edad de Oro, nunca ha existido o, en todo caso está por venir y lo hará de manos del progreso, de los avances científicos y técnicos que redundarán sin duda en beneficio de la humanidad. De la misma manera que los sucesivos inventos que se han ido sucediendo a lo

largo de la historia han reportado enormes ventajas y mejorado notablemente las condiciones de vida de los hombres.

En definitiva, ese episodio del pasado utópico, el relato de una sociedad ideal, feliz, se introduce con variantes y finalidades diversas pero todas ellas encaminadas a la reflexión y a la transmisión de una ideología o forma de ver la vida. El mito de la Edad de Oro ha servido a múltiples causas, en ocasiones su utilización responde a fines moralizantes, al considerar que la sociedad se ha ido degenerando, otras a fines políticos, otras ha sido instrumento de una crítica social o religiosa, otras incluso a causas, como en el caso de Jean de Meun, que se suman desde una intencionalidad múltiple.

Referencias Bibliográficas

- Blangez, G. (1980): «Comment composait Jean de Meun (à partir d'une étude du discours d'Ami)», *Études de langue et de littérature française offertes à André Lanly*. Edition de Bernard Guidoux. Nancy. Université de Nancy II, pp. 31-36.
- Beato, J. (2003): «Da normalidade de Calpúrnio à singularidades de Nemesiano», *Ágora. Estudos Clássicos em Debate*, 5, pp. 83-105.
- Bollack, M. (1967): «Le retour de Saturne», *Revue des Études Latines*, XLV, p. 304-324.
- Brisson, J.P. (1992): *Rome et l'âge d'or, de Catulle à Ovide, vie et mort d'un mythe*. Paris. éd. La découverte, collection Textes à l'appui / série histoire classique.
- Brown-Grant, R. (1988): «Décadence ou progrès? Christine de Pizan, Boccace, et la question de l'âge d'or», *Revue de langues romanes*, XCII, pp. 295-306.
- Carcopino, J. (1943): *Virgile et le mystère de la IV^e églogue*, Paris, éd. L'Artisan du livre.
- Castro Jiménez, M.D. (1998): «Sincretismos en el uso de la mitología en la obra de Prudencio», *CFC (Elat)*, 15, pp. 297-311.
- Christine de Pisan (1987): *La cité des dames*, texto traducido y presentado por Thérèse Moreau y Eric Hicks. Paris. Stock, coll. «Moyen Âge».
- Cristina de Pizán (1995): *La ciudad de las Damas*. Edición de Marie-José Lemarchand. Madrid, Ediciones Siruela.
- Dubuis, R. (1990): «Moyen Age», *La littérature française: histoire et perspectives* (Sous la direction de R. Favre). Lyon. Presses Universitaires de Lyon.
- Encuentra, A. (2000): «El mito de las razas y la Edad de Oro en el libro primero del *Contra Symmachum* en Prudencio». *Analecta Malacitana electrónica*, 6. *Actas del congreso internacional «cristianismo y tradición latina»*.
- Fabre-Serris, J. (1998): *Mythologie et littérature à Rome. La réécriture des mythes aux Iers siècles avant et après J.-C.* Lausana, Editions Payot.
- Galimberti, B. G. (1988): «Funzioni strutturali e stilistiche delle parentesi nelle Metamorfosi di Ovidio», *Aevum antiquum*, I, pp. 247-260.
- George, F.W.A. (1977): «Jean de Meun and the Myth of the Golden Age», *The Classical Tradition in French Literature*. Essays Presented to R.C. Knight by Colleagues Pupils. Londres. Grant and Cutler, pp. 31-39.
- González Doreste, D.M., Plaza Picón, F. de M. (2002-2003): «À propos de la compilation: Du *De claris mulieribus* de Boccace à *Le livre de la Cité des Dames* de Christine de Pizan», *Le Moyen Français. Traduction, dérivation, compilation, la phraséologie*. Volumen 51-52-53. Ediciones CERES, pp. 327-338.
- Grimal, P. (1994): *La littérature latine*, Paris, Fayard.
- Guillaume de Lorris, Jean de Meun (1966-1970): *Le Roman de la Rose*, publié par F. Lecoy. Paris. Honoré Champion, 3 volumes.

- Guillaume de Lorris, Jean de Meun (1987): *Roman de la Rose*. Edición de Juan Victorio. Madrid. Cátedra (Colección Letras Universales).
- Jeanmaire, H. (1939): *Le Messianisme de Virgile*, París, éd. Vrin.
- Malamud, M. (1989): *A Poetics of Transformation: Prudentius and Classical Mythology*. Londres. Ítaca.
- Martin, M.(2000-01): *Les figures mineures du mythe Dans les Métamorphoses d'Ovide. Un art poétique?*. Mémoire de Maîtrise inédite sous la direction de Madame le professeur Dangel à Paris IV.
- Miguel de Cervantes (2004): *Don Quijote de la Mancha*. Edición del IV Centenario. Madrid. Real Academia Española. Asociación de Academias de la Lengua Española.
- Poirion, D. (1973): *Le Roman de la Rose*. París. Hatier. Collection Connaissance des Lettres.
- Reynolds, L.D. (1965): *L. Annaei Senecae ad Lucilium Epistulae Morales*, 2 vols., Oxford.
- Smith, N.B. (1980): «In Search of the Ideal Landscape: From 'locus amoenus' to 'Parc du Champ Joli' in the *Roman de la Rose*», *Vivator* 11, pp. 225-243.
- Solodow, J. B. (1987): *The World of Ovid's Metamorphoses*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Wright, H (1943): *Forty six Lives*, traducción de *De Claris Mulieribus* de Boccaccio por Henry Parker, Lord Morley, y editado por Humphrey Milford. Londres. Earley Text Society. Oxford, University Press (texto latino y traducción inglesa).
- Hemos tenido noticias durante la redacción de este trabajo de la publicación del volumen *La digression dans la littérature et l'art du Moyen âge* (études réunies par Chantal Connochie-Bourgne, Senefiance, PUP, 2005), donde se encuentran dos artículos escritos por Pierre-Yves Badel y Armand Strubel, respectivamente, que están directamente relacionados con el tema de este trabajo. Sin embargo, no hemos podido consultarlos porque la recentísima publicación del libro y el plazo para la entrega de este artículo lo han hecho imposible.